

—Es contrario á todos los reglamentos, pero no importa; había resuelto cruzar el patio, y aquí estoy.

—¿Qué ocurre?

—Nada de particular. Yo esperaba á la niña Dórrit en el primer patio cuando salió, y entonces pensé que le complacería á usted que alguien la acompañase.

—¡Gracias, muchas gracias! ¿La ha dejado usted en su casa, Juan?

—En la puerta de su hotel, que es el mismo donde su padre se alojó. La niña Dórrit quiso volver á pie, y me ha hablado con tanta bondad, que estoy todo trastornado. ¿Adivina usted por qué ha preferido andar, pudiendo tomar un coche?

—No lo sé, Juan.

—Porque deseaba hablarme de usted; y entre otras cosas me ha dicho: «Juan, siempre ha sido usted un buen muchacho, y si me promete cuidarle, de modo que no le falte socorro ni consuelo cuando yo no me halle allí, no estaré tan inquieta.» Se lo he prometido, y ahora soy amigo de usted... ¡en vida y en muerte!

Clennam, muy conmovido, alargó la mano al generoso joven.

—Antes de tomarla—añadió Juan mirando la mano,—advine usted lo que la señorita me ha encargado decirle.

Arturo movió la cabeza.

«—Dígale—repitió Juan con voz muy distinta aunque algo agitada,—que su niña Dórrit nunca dejará de amarle.» Se lo repito con las mismas palabras... ¿Me he portado d'gnamente, caballero?

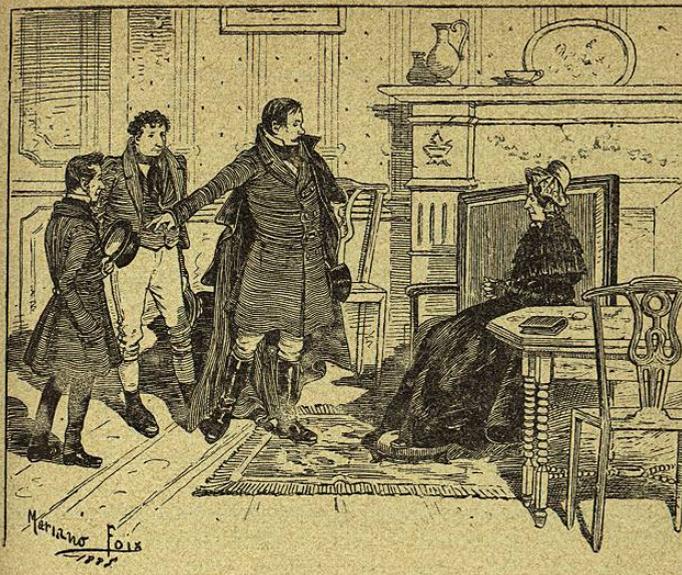
—Sí, sí, Juan.

—¿Se lo dirá usted así á la señorita Dórrit?

—Ciertamente.

—Entonces, he aquí mi mano, caballero; soy su amigo en vida y en muerte.

Después de estrechar cordialmente la mano de Arturo, Juan desapareció, cruzó de nuevo el patio, cerrando las verjas, y retiróse á su habitación, muy satisfecho de haber llevado aquella buena noticia á Clennam.



## CAPITULO XXX

### Una entrevista grave

Era llegado el último día del plazo concedido por Blandois para celebrar una entrevista con la señora Clennam, y los rayos de un sol magnífico doraban la verja de la prisión, tan negra y sombría desde la ausencia de la niña Dórrit.

Ningún visitante había cruzado desde la mañana el patio de la antigua casa de la viuda; pero hacia la caída de la tarde tres hombres pasaron por delante de la puerta cochera, dirigiéndose hacia la lúgubre mansión de Clennam y C.<sup>a</sup>

Rigaud, ó Blandois, que iba delante, entró primero; seguíale Cavalletto sin perderle de vista, y detrás iba Pancks, con su sombrero debajo del brazo.

—¡Imbéciles!—exclamó Blandois,—¿no os vais aun?

—No pensamos en ello, señor mío—contestó Pancks.

Por toda contestación, Blandois dirigió una furiosa mirada á su interlocutor, y levantando el aldabón de la puerta, des-

cargó dos ruidosos golpes. Para prepararse mejor á la entrevista había bebido copiosamente, y al parecer urgíale dar la batalla. Aun no se había extinguido el eco del segundo alabonazo cuando Flintwinch abrió la puerta; los pasos de los tres visitantes resonaron en el vestíbulo, y Blandois, empujando á un lado á Jeremías, dirigióse sin vacilar al piso superior, siempre seguido de sus dos compañeros, que invadieron la tranquila habitación de la señora Clennam.

Nada había cambiado allí salvo que una de las ventanas estaba abierta de par en par, y que la anciana Affery, sentada en el hueco formado por la pared, se ocupaba en remendar medias. En la mesita de la viuda veíanse los mismos objetos; en la chimenea ardía el fuego bajo una capa de cenizas húmedas; la misma colcha fúnebre cubría el lecho; y la dueña de la casa, inmóvil en el lúgubre canapé, semejante á un ataúd, apoyábase en el cogín sombrío que parecía el tajo de las ejecuciones capitales.

Sin embargo, notábase en la habitación algo imposible de describir que parecía indicar que se había arreglado todo para recibir una visita. ¿En qué consistía esto, hallándose los menores objetos exactamente en igual sitio que ocupaban hacia tantos años? Nadie hubiera podido adivinarlo son contemplar antes con la mayor atención á la dueña de la casa, y aun así, habría sido necesario conocer bien antes las facciones de la paralítica. Sin embargo, aunque no hubiese cambiado de sitio ningún pliegue de su eterno vestido negro, aunque conservase exactamente la actitud impasible que le era habitual, la tensión casi imperceptible de sus facciones, y la ligerísima contracción de su frente, siempre sombría, eran tan marcadas, que parecían reflejarse en todos los objetos de la habitación.

—¿Quiénes son esos hombres, y á qué vienen á mi casa?—preguntó la viuda con tono de sorpresa, al ver entrar á los compañeros de Blandois.

—¿Qué me dice usted á mí, señora mía? Entiendo que son amigos de su hijo el preso; y en cuanto al objeto que los llama á casa de usted... ¡Pardiez, señora! nada sé... Bien puede preguntárselo á ellos mismos.

—Usted nos ha dicho á la puerta que no nos fuéramos—observó Pancks.

—Y usted ha contestado que no tenía la menor intención de hacerlo—repuso el caballero cosmopolita.—En fin, querida señora—añadió Blandois,—permítame usted presentarle

á dos espías pagados por nuestro amigo el preso... á dos imbeciles rematados. Si tiene usted empeño en que asistan á nuestra conferencia, basta que diga usted una palabra. En cuanto á mí me es igual.

—¿Y por qué han de quedarse?—preguntó la señora Clennam;—nada tengo que ver con ellos.

—Pues entonces, señora—repuso Blandois, dejándose caer en un sillón con tal fuerza, que hizo retemblar todos los muelles,—puede usted despedirlos, pues nada tengo que ver con estos hombres; no son *mis* espías, ni los tengo á sueldo como tales.

—Escuche usted, señor Pancks—dijo la viuda, fijando en el agente una mirada de cólera,—hágame el favor de ocuparse de sus propios asuntos, ó de los de su amo, y retírese con el hombre que le acompaña.

—Gracias, señora—replicó Pancks;—tengo una satisfacción en decirle que ningún motivo me impide retirarme; hemos hecho cuanto debíamos en servicio del señor Clennam, que era principalmente conducir aquí al amable caballero que tan bien supo eclipsarse. Aquí le tiene usted; y ahora permítame añadir en las barbas de ese individuo de aspecto patibulario, que en mi concepto el mundo no andaría peor si ese caballerito hubiera desaparecido de veras para siempre.

—Nadie le pide á usted su parecer—repuso la señora Clennam;—puede usted retirarse.

—Siento mucho no dejarla en mejor compañía, y siento más aun que el señor Clennam no se halle aquí, sobre todo porque yo tengo la culpa... ¡oh! sí, mía es la culpa.

—Querrá usted decir de él—replicó la viuda.

—Nada de eso; yo soy el único culpable, señora, porque le induje á colocar sus fondos donde se han perdido; y sin embargo, puedo probar con cifras incontestables que la colocación debía ser muy beneficiosa... En fin, todo se perdió; el señor Clennam debía tener coche, y yo un capital de tres ó cuatro mil libras esterlinas. Pero no hablemos más del asunto. Vámonos, Cavalletto.

El italiano hizo una señal afirmativa con la cabeza y sonrió, dejando ver sus blancos dientes.

—¡Toma!—exclamó Flintwinch, que acababa de fijar su mirada en Cavalletto,—este es el mismo hombre que vino aquí la noche en que Arturo y Flora visitaron la casa, y que me hizo tantas preguntas acerca del señor Blandois.

—Cierto—repuso el italiano,—y al fin he tenido la suerte de encontrarle.

—Más valía que antes se hubiera usted roto la crisma—murmuró Flintwinch.

—Y ahora—añadió Pancks, que había mirado varias veces á la ventana, hacia la cual avanzó dos pasos,—sólo me falta decir una cosa antes de irme; y es que si el señor Clennam pudiera asistir á esta entrevista, lo cual no le es posible porque está preso y enfermo, seguramente diría: «Mi apreciable Affery, cuente usted sus sueños.»

Al pronunciar estas palabras, Pancks tocó la media que la anciana tenía en la mano, levantó el índice de la mano derecha como quien da un aviso, giró sobre sus talones, y salió de la habitación seguido de Cavalletto.

La señora Clennam y Jeremías acababan de cambiar una mirada, y ambos fijaron su atención en Affery, que seguía remendando las medias con el mayor afán.

—¡Vamos!—exclamó al fin Flintwinch, mientras se dirigía hacia la ventana trazando una línea curva y frotándose las manos como hombre que se prepara para hacer alguna cosa,—ahora tenemos que hablar y no se necesitan testigos... con que así, viejecita mía, haz el favor de largarte.

Al oír esto, Affery, arrojando la media que cosía, levantóse de pronto, se cogió al reborde de la ventana con la mano derecha, apoyó la rodilla en su sitio, y blandiendo el brazo derecho como para rechazar á sus agresores, exclamó:

—¡No, Jeremías, no me iré!... ¡No, no, y no!... Repito que no me iré... Me quedo aquí. Quiero oír todo lo que no sé, para revelar luego lo que sé. Sí, estoy resuelta... aunque me hubiesen de matar. ¡Me quedo, me quedo, y me quedo!

Flintwinch, á quien la cólera y la sorpresa parecían haber petrificado, se humedeció con saliva los dedos de la mano derecha, y adelantóse con aspecto amenazador hacia su esposa, murmurando frases poco tranquilizadoras que la cólera le impedía articular claramente, y de las que sólo se oyeron las siguientes palabras:

«¡Buena será la dosis, viejecita mía! ¡Oh, qué buena dosis!»

—¡No des un paso más, Jeremías!—gritó Affery, agitando siempre su brazo;—si te adelantas llamo á todos los vecinos, ó me arrojo por la ventana, gritando fuego y ladrones. ¡Quédate donde estás, ó voy á gritar de tal modo que han de oírnos hasta los muertos.

—No se mueva usted—dijo la señora Clennam, con voz imperiosa.

Flintwinch se había detenido ya.

—Este es el principio, Jeremías; déjela usted en paz.

Y fijando una mirada en la mujer de Jeremías, añadió:

—¿Es decir, Affery, que ahora te rebelas contra mí al cabo de tantos años?

—Si el escuchar lo que ignoro y decir lo que sé es declararme en contra, sí, me rebelo; y ahora que he comenzado, ya no me detendré... ¡No, no, no quiero! Si á esto llama usted declararse en contra, ¡sea! Ya le dije á Arturo lo que eran ustedes cuando hizo su primera visita, y advértele que si me hacían temblar á mí no era esto una razón para que él temblase también. Desde aquella noche han sucedido aquí muchas cosas, y ya no quiero que Jeremías me retuerza la nariz ni me estire la piel del cuello; no quiero que me trastorne á fuerza de espantarme, ni me avendré á ser cómplice de no sé qué. ¡No, no, no quiero! Ahora que Arturo lo ha perdido todo, hallándose además enfermo en una prisión, yo tomaré su defensa, ya que él no puede defenderse por sí mismo.

—¿Y cómo sabes tú, vieja loca—preguntó la señora Clennam,—que procediendo así favoreces á Arturo?

—No sé nada—replicó Affery,—y con razón me ha llamado usted vieja loca; pero usted y Jeremías son los que me han puesto así. Me han obligado á casarme por fuerza, y desde entonces he vivido siempre entre el terror y el espanto. ¡Cómo no se había de trastornar mi cerebro! Ustedes han querido embrutecerme y lo han logrado; pero no quiero servir más tiempo de juguete... ¡No, no, no quiero!

Y Affery hizo un molinete con el brazo para rechazar á sus supuestos agresores.

La señora Clennam, después de contemplarla un instante sin pronunciar palabra, volvióse hacia Blandois.

—Ya ha oído usted á esta vieja loca. ¿Tiene usted inconveniente en que permanezca aquí?

—¿Yo, señora? Esto es cosa que concierne á usted y no á mí—contestó el caballero cosmopolita.

—Pues bien, que se quede—dijo la viuda con expresión sombría, tanto más cuanto que no podemos elegir.—Este es el principio, Flintwinch.

Jeremías dirigió á su esposa una mirada de cólera, llena de amenazas, y como para contener sus impulsos, ocultó debajo del chaleco una parte de sus brazos, permaneciendo en un

rincón para observar cómodamente á Blandois. Este último, á su vez, levantóse de la silla que ocupaba y fué á sentarse en una mesa, donde, con las piernas colgando y fija la mirada en la viuda, comenzó:

—Señora, yo soy un caballero...

—De quien he oído decir—interrumpió la viuda con su firmeza habitual,—que ha estado detenido en una cárcel de Marsella á consecuencia de un asesinato.

Blandois envió con los dedos un beso á su interlocutora.

—¡Magnífico!—exclamó,—¡delicioso! ¿Y no se ha dicho también que fué el asesinato de una dama? ¡Habrás visto absurdo semejante, ni cosa más increíble! Tuve el gusto de alcanzar un triunfo ruidoso en aquella ocasión, como espero alcanzarlo hoy. Beso á usted las manos, señora. Como decía, yo soy un caballero que, cuando ha resuelto terminar tal ó cual asunto, no se va sin haberlo ventilado de una manera ú otra. Prevengo á usted, señora, que esta entrevista será la última. Me dispensará el honor de escucharme atentamente?

La viuda, fija la vista en su interlocutor, contestó frunciendo el ceño:

—Sí, ya escucho.

—Soy también un caballero que desprecia cuanto pueda parecer un tráfico mercenario; pero que no tiene escrúpulo en aceptar dinero, porque sin dinero no podríamos divertirnos. ¿Sigue usted mi razonamiento y me comprende?

—Me parece inútil repetir que sí.

—Debe advertir también que soy el caballero más pacífico y el mejor muchacho que puede encontrarse en la tierra; pero me enfurezco cuando alguien se burla de mí: en tal caso, los más nobles caracteres son violentos: y entiéndase que hay mucha nobleza en el mío. Cuando el león se irrita... es decir, cuando me encolerizo, tanto me gusta la venganza como el dinero. ¿Me dispensa usted siempre el honor de seguir mi razonamiento?

—Sí—contestó la señora Clennam, en voz más alta que antes.

—Siento mucho haber turbado su tranquilidad, pero tenga usted un poco de calma. He dicho ya que esta entrevista será la última: permítame recordarle lo que pasó en las dos anteriores...

—No es necesario.

—¡Pues! señora, á mí me place recordárselo; y por otra parte, es necesario para entendernos mejor. La primera se-

sión no significa gran cosa; yo presenté la carta de introducción, y gracias á ella, tuve el gusto de conocer á usted. Yo soy un caballero de industria... para servirla, señora....; mas á pesar de esto, mis distinguidos modales me valieron siempre algún triunfo, como profesor de lenguas entre sus amables compatriotas, que si bien más rígidos todos ellos que una caña de escoba, son flexibles como un guante con un extranjero de aspecto seductor... He tenido, pues, el honor de conocer á usted, y de observar dos ó tres ligeras circunstancias... (Blandois paseó una mirada alrededor de la habitación y sonrióse,) respecto á esta digna casa, circunstancias necesarias para convencerme de que tenía la inestimable dicha de hablar á la dama que buscaba. Persuadido de esto, dí á nuestro querido Flintwinch palabra de honor de volver un día ú otro, y me retiré con gracia.

Las facciones de la señora Clennam manteníanse impasibles; bien hablase ó callase su interlocutor, observábase siempre en ellas el mismo fruncimiento de cejas y la misma contracción sombría, dando á entender que la viuda se había preparado para la entrevista.

—He dicho con *gracia*, porque me ha parecido gracioso alejarme sin inspirar temor á la dama que se dignó recibirme. Es propio del carácter de Rigaud Blandois tener tanta gracia en lo moral como en lo físico; y además, no era torpeza por mi parte dejarla algo inquieta, con una espadita de Damocles suspendida sobre su cabeza impasible, sin señalar el día en que debiera volver á verme. Este humilde servidor de usted entiende la política ¡pardiez!... sí, señora; la entiende muy bien... pero volvamos al asunto. En la segunda entrevista, no fijada de antemano, presentéme á usted y le dije indirectamente que tenía algo qué vender, y que si usted no quería comprarlo, podría comprometer á una señora á la cual profeso la mayor estimación. Hablé en términos bastante vagos, y me parece que pedí algo como mil libras esterlinas... ¿Recuerda usted si fué así?

—Efectivamente—repuso la viuda,—pidió usted hasta mil libras esterlinas.

—Muy bien, pues ahora necesito dos mil... he aquí lo que resulta de las dilaciones... No nos pusimos de acuerdo; no fué posible entendernos; yo soy bromista, cualidad propia de mi amable carácter; y por pura broma me oculté y disfracé, fingiéndome muerto. Figurábame yo que usted hubiera dado de buena gana la mitad de la suma pedida sólo por desvane-

cer las sospechas que mi singular idea le hizo concebir. La casualidad y los espías vienen luego á interrumpir esta broma y dan al traste con todo en el momento, tal vez... (¿quién podría saberlo mejor que Flintwinch?)... en que la pera estaba madura. He aquí, señora, por qué me ve usted aquí por última vez... piénselo usted bien, por última vez.

Después de golpear las piernas de la mesa con los tacones de sus botas, contestando con una insolente mirada á la de la viuda, Blandois añadió con voz descompuesta:

—¡Bah! no vayamos tan de prisa. Según nuestro convenio, los gastos de mi permanencia en el hotel son de cuenta de usted; dentro de cinco minutos, tal vez estaremos de punta, y no esperaré á esto para liquidar la cuenta, porque sería usted capaz de engañarme. He aquí la nota; págume usted al contado.

—Tome usted la nota, Flintwinch—dijo la señora Clennam, —y entréguele el dinero.

Blandois tiró el papel á la cara de su amigo Jeremías, cuando éste se adelantaba para tomarle, y exclamó alargando la mano:

—¡Pague usted pronto y en buena moneda!

Jeremías recogió la cuenta, miró el total con ojos inyectados de sangre, sacó de su bolsillo un saquito de lona y contó en la mano del caballero cosmopolita algunas monedas.

Blandois hizo sonar el dinero, arrojólo al aire y volvió á cogerlo con la mayor destreza.

—Esta música—dijo,—produce en el intrépido Rigaud Blandois el mismo efecto que la carne fresca en el tigre. ¡Vamos! ¿cuánto, señora?

Rigaud se había vuelto tan súbitamente, haciendo un ademán amenazador con el puño que contenía el dinero, que se hubiera creído que iba á dar un golpe á la viuda.

—Le repito á usted—contestó la señora Clennam,—como ya le dije la última vez, que nosotros no somos tan ricos como pudiera creerlo, y que me pide usted una cantidad exorbitante. En este momento me faltan los medios para satisfacer sus exigencias... aunque estuviese dispuesta á complacerle...

—¡Aunque estuviera dispuesta!—interrumpió Blandois.— ¿Quiere usted decir que no lo está?

—Hablo como lo entiendo, y no como lo entiende usted.

—¡Pues bien! hable usted claro entonces, y d'game si está dispuesta. ¡Pronto!... ¿sí ó no? para que yo sepa lo que debo hacer.

La viuda, sin apresurarse mucho, replicó:

—Parece que tiene usted en su poder un papel, ó papeles, que seguramente deseo recobrar.

Rigaud, soltando la carcajada, golpeó de nuevo la mesa con sus tacones, hizo sonar otra vez el dinero en su mano y repuso con énfasis:

—Lo que es eso, ya lo creo, y sin que usted me lo jure.

—El papel en cuestión puede valerme cierta suma, grande ó pequeña, lo ignoro...

—¡Por D'os!—interrumpió Blandois,—¿no le he concedido á usted ocho días para reflexionar? Me parece que es bastante.

—No. Le repito que nos falta mucho para ser ricos; y no quiero empobrecerme más, ofreciendo un precio cualquiera por un documento sin saber á punto fijo el mal que puede causarme. Esta es la tercera vez que me dirige usted vagas amenazas, y hoy hemos de hablar claramente, ó de lo contrario puede obrar como le parezca. Más vale recibir el golpe de una vez que temblar como un ratón que se halla á merced de un gato de la especie de usted.

Blandois miró fijamente á la viuda con una expresión más siniestra que nunca, y sonriendo malignamente, repuso:

—Es usted una mujer atrevida.

—Soy una mujer resuelta.

—Y siempre lo ha sido usted ¿eh? ¿No es verdad, amigo Flintwinch?

—No conteste usted, Jeremías—replicó la viuda;—que diga al punto cuánto le falta decir, ó que se vaya y obre á su antojo. Ya sabe que esto es lo que hemos acordado, y de consiguiente, que se decida de una vez.

La viuda no se dejó intimidar por la maligna mirada de su interlocutor, ni tampoco trató de evitarla. Entonces Blandois bajó de la mesa, acercó al canapé una silla para sentarse, y puso una mano sobre el brazo de la parálitica, que se mantuvo impasible.

—¿Se empeña usted, pues, señora, en que cuente un poco de historia doméstica en esta reunión de familia?—preguntó Rigaud agitando sus dedos sobre el brazo de la señora Clennam, como para inducirla á ponerse en guardia.—Yo soy un poco médico; permítame usted que le tome el pulso.

La viuda abandonó su brazo, y Blandois puso los dedos sobre la muñeca como para contar las pulsaciones.

—Se trata—dijo,—de la historia de un casamiento singular,

de una madre más singular todavía, de una venganza, de una sustitución y de una supresión... ¡Hola, hola!... parece que el pulso hace de las suyas... parece que late más apresuradamente que ahora hace poco. ¿Será este uno de los síntomas acostumbrados de su enfermedad, querida señora?

La viuda hizo un esfuerzo para retirar su brazo impotente, pero sus facciones no revelaron la menor emoción: la fisonomía de Rigaud conservaba también su siniestra sonrisa.

—Yo he tenido una existencia asaz aventurera—dijo,—porque es propio de mi carácter buscar aventuras; y también he conocido muchos aventureros... buenos camaradas, de la mejor sociedad... A uno de ellos debo la interesante historia que voy á referirle, y de la cual tengo las pruebas... las pruebas, ¿me entiende usted, querida señora?... Este relato le interesará mucho; seguro estoy de ello; pero sería preciso dar un título á mi historia. ¿Cuál pondré?... ¡Bah! digamos «Historia de esta casa.»

Reclinado en el canapé, apoyándose en el codo izquierdo y agitando siempre los dedos con que tenía cogido el brazo de la viuda, Blandois se atusaba el pelo con la otra mano, alisándose á intervalos el bigote, haciendo todo esto con aire amenazador, insolente y grosero, como hombre que confía en su fuerza.

—«La historia de esta casa» será pues el título de mi historia; y voy á comenzar. Supongamos que estuvo habitada en otro tiempo por dos personas, el tío y el sobrino: el primero, anciano rígido, de carácter enérgico; el segundo, muchacho corto de genio, reservado y humilde.

Affery, que había escuchado con la mayor atención, sin separarse de la ventana, y mordiendo la punta de su delantal, exclamó de repente:

—¡Jeremías, no te adelantes! En mis sueños he leído la historia del padre de Arturo y de su tío; y de ellos habla ese hombre. Lo que cuenta no sucedió en mi tiempo, pero yo supe después que el padre de Arturo era un pobre muchacho débil y sin voluntad, á quien se había sacudido y espantado de tal modo durante su juventud, que apenas le quedaba ya la fuerza suficiente para vivir. Lejos de permitirle que eligiera una esposa, obligáronle á tomar la que su tío tuvo á bien escoger para él. Esa que está en el canapé fué su esposa. Todo lo he sabido por mis sueños, y también de boca de Jeremías.

Mientras que Flintwinch amenazaba con el puño á su espo-

sa, y la señora Clennam la miraba fijamente, Blandois la envió con los dedos un beso, diciéndole:

—Todo eso es perfectamente exacto, querida señora Flintwinch, y desde ahora la consideraré como una verdadera maravilla para los sueños.

—No necesito sus elogios—replicó Affery;—no tengo absolutamente nada que ver con usted.

Y al decir esto, la anciana mordió de nuevo colérica la punta del delantal, con un ademán que parecía indicar que hubiera preferido morder así á otra persona... tal vez su esposo, el cual le dirigía miradas amenazadoras.

—Nuestra muy amada señora Flintwinch—continuó Rigaud,—en la cual parece haberse desarrollado una inteligencia admirable y una maravillosa perspicacia, acaba de hablar como un oráculo. Sí, ese es el prólogo de mi historia: el tío, severo, ordena á su sobrino casarse, diciéndole poco más ó menos lo siguiente: «Sobrino mío, te presento á una joven dotada de gran energía, y que se me parece mucho por este concepto; es resuelta, severa, con una voluntad de hierro capaz de reducir á polvo á los que no tengan su temple; es una dama sin compasión, sin amor, implacable, vengativa y más fría que el mármol, pero irritable como el fuego...» ¡Ah! ¡qué vigor y superioridad intelectual! A juzgar por las palabras de nuestro difunto tío, era un carácter verdaderamente noble y elevado. ¡El diablo me lleve si no adoro á una mujer por el estilo!

Esta vez se efectuó un cambio en las facciones de la señora Clennam, que palidecieron marcadamente, contrayéndose más aun.

—Señora, señora—prosiguió Rigaud tocándola en el brazo,—veo con placer que he conseguido por fin excitar su interés, y me alegro mucho. Continuemos.

Pero antes de proseguir, Blandois se atusó el bigote, gozándose al parecer en la impresión que producía.

—El sobrino, como ha dicho muy bien la simpática señora Flintwinch, era un pobre diablo á quien se había atemorizado y reducido por el hambre, hasta el punto de no quedarle apenas sino la fuerza necesaria para vivir; bajó la cabeza y contestó: «Tío, no tiene usted más que mandar; haga de mí lo que quiera.» En efecto, el tío hizo lo que quiso, según era su costumbre; el feliz casamiento se efectuó, y los jóvenes esposos volvieron á residir en esta deliciosa mansión, donde